

LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA EN LA HOGUERA

CUANDO el presidente Carlos Lleras anunció su primera visita a la Universidad en su nueva investidura, acompañado por John Rockefeller, pudo preverse sin margen de error la serie de sucesos que se sucedían. John Rockefeller no es, para países como Colombia o Venezuela, un simple Mecenas de la cultura, sino el dueño de importantes extensiones de tierra, caudano de supermercados y variadas industrias, y las relaciones de Carlos Lleras con los estudiantes, durante su campaña electoral, incluyeron diversos incidentes, hasta un conato de secuestro, aparte de reiteradas acusaciones. Por todo esto no faltó quien anotara que esa visita, del brazo de un financiero norteamericano, adquirió el aspecto de una provocación voluntaria y que en ella ya estaban previstas las posteriores medidas represivas. En todo caso los estudiantes fueron el disciplinado partenaire del encuentro, dando amplio material para las escandalizadas crónicas que al día siguiente prestarían a un presidente apodreado, y fueron vanas las exhortaciones de algunos profesores para que se calmara. Lo que en otras universidades estatales de Colombia se había olvidado por la cautela de los organismos gremiales, en la Nacional de Bogotá se llevó a cabo estrechamente.

El incidente, que protagonizaron unos docientos estudiantes, en un conjunto de miles, habría tenido mayor trascendencia, y pertenece casi a la historia de los excesos estudiantiles en el continente, si no fuera por los decretos que dos días después adoptara Lleras abolviendo el fuero de la autonomía universitaria, disponiendo el procesamiento por el corte militar de los 66 estudiantes detenidos por el ejército dentro de la Universidad y dictando disposiciones represivas de la actividad gremial estudiantil. Un diario venezolano, *El Nacional*, resume así los tres decretos del presidente colombiano: "El primero, contemplando medidas de estrecha vigilancia sobre colombianos sospechosos de participación en actividades subversivas y de expulsión tratándose de extranjeros, y prohibición de expedir pasaportes a quienes proyecten viajar a Cuba. El segundo se refiere a la supresión del funcionamiento del Consejo Superior Estudiantil de la Universidad Nacional y a las medidas policíacas que se adoptarán en la Ciudad Universitaria. El tercero impone penas a quienes tomen parte en actos deli-

tivos de agresión verbal o por medio de corteles; arrojen piedras contra participantes de una reunión o pívicos o grafitos en las paredes letreros injuriosos o que inciten a la turbación del orden." En su allocución al país por radio y televisión Lleras advirtió que la fuerza pública "penetrará a las universidades cuantas veces sea necesario para restaurar el orden", hizo el elogio de Rockefeller y sus programas de ayuda cultural ("eso es lo que los jóvenes fundidos comunistas, llaman actos del imperialismo norteamericano"), se declaró amigo de la universidad y enemigo de los que "tratan de crear los comunistas" y advirtió a los profesores que protestaron por la intervención armada en el recinto universitario "me extraña mucho que haya profesores que lamenten que la fuerza pública hubiera entrado a reprimir los delitos. Esta no es una moral admisible en profesores universitarios. La fuerza pública pertenece a la universidad cada vez que se trata de alterar el orden y cometer delitos. Que lo sepan los estudiantes y también los profesores."

El impacto que estos sucesos tuvieron en otros países, particularmente en Venezuela, fue grande. Un dirigente de un partido de derecha, como el COPEI, Rodolfo José Cárdenas, declaró que "Lleras cierra la universidad porque no cabe en ella" y el presidente de la Comisión de Política Exterior de la Cámara, Alfredo Tarre Murzi, afirmó que "ser cómo un gobierno emanado de comités libres y de cierta extracción popular tira por la borda las mejores tradiciones democráticas colombianas, cercena la autonomía universitaria y establece así una dictadura sobre la letra de un viejo decreto que consagra el estado de sitio, es realmente deplorable." Dos días después, y por unanimidad de todos los partidos políticos venezolanos, la Cámara de Representantes reafirmaba el principio de la autonomía universitaria en forma expresa. Lo que a todos había sorprendido y alarmado era que la tarea que en otros países (Argentina, Brasil) había estado a cargo de los militares, la cumpliera en Colombia un presidente constitucional, además emanado del Partido Liberal.

SOBREVENIDA después de los acontecimientos de Brasil y Argentina, cuando de las manifestaciones de descontento universitario en Chile y México, y dentro del clima de constante hostigamiento a las universidades latinoamerica-

nas por parte de los sectores conservadores, la abolición del fuero de la Universidad Nacional de Colombia testimonia la agudización del conflicto entre la vida intelectual y las estructuras sociales vigentes, representadas por los partidos o sectores militantes en el poder.

En definitiva es parte de la ola de regresión conservadora que desde el año 1962, aproximadamente, se ha ensañado de América Latina, conduciéndola al inmovilismo castrófico en que hay se encuentra. La quiebra económica que desde hace una década es el signo dominante del continente, y que ha vuelto a poner de relieve. Mayormente ante el Congreso Interamericano de Piedad que está reuniendo en Caracas, más las severas prevenciones adoptadas por las oligarquías locales ante el peligro de un "castrismo" que los expresamente magnificado para acrecentar la represión y desmantelar los esfuerzos progresistas, vienen marcando la orientación conservadora, en lo político, en lo económico, y aun en lo social, donde sin embargo se ha hecho conexión a un populismo paternalista —de corta duración— destinado a tranquilizar a los trabajadores con la esperanza de un desarrollo dispensador de bienes que por ahora están bastante lejos de percibirse.

Dentro de este esquema regresivo se sitúan los conflictos con las universidades que son simboles de la protesta —más llanamente— del agravamiento de las condiciones económicas de Latinoamérica. No hay duda que de su parte los estudiantes han participado del endurecimiento; credules en un miraje castrista que pretendía trasladar mecánicamente la experiencia de Sierra Maestra a los Andes peruanos o venezolanos o colombianos cuando no al norte argentino (porque la mayoría de ellos allí no fueron cuando se fueron conquistados ni obreros sino estudiantes salidos de las filas de la media burguesía) e incapaces de reestructurar una nueva estrategia de lucha luego del fracaso de aquellos intentos, condenados a una suerte de nihilismo autodestructor, ellos simplemente se han mantenido fieles a un tercio primitivo. Particularmente solitarios y por lo mismo incómodos en aquellos países, que son la mayoría de América Latina, donde la clase obrera y la clase campesina se han entregado a una manipulación oficialista que, bajo las banderas del nacionalismo desarrollista cuando no marxista, es un simple reflejo, ha carcomido su conciencia de clase y desde luego todo posible engranamiento de la insurrección.

Si éstos son los extremos antagonismos de las posiciones conflictuales, más grave es lo que se juega en el conflicto y lo que queda deshecho en el campo de batalla. No se trata meramente de la abolición de un fuero que viene dando las crisis medievales y que con tanta frecuencia fuera conciliada, máxime en una universidad como la colombiana, cuyo consejo rector sólo reconoce a cuatro representantes de profesores, egresados y alumnos, sobre todo, habiendo delegados ministeriales y hasta un miembro designado directamente por el Gobierno. De linaje así el proceso de modernización que cabe a las universidades. Ellos han representado en la historia latinoamericana, con todos sus excesos miedosos, con todas sus muchas veces apuntada extensión para los reales problemas regionales o nacionales, el motor del desarrollo intelectual y por ende económico y social de nuestros países. Y en la medida en que transcurran los tiempos, cada vez más exitosa de la cultura europea —y occidental— como ahora prefiere decirse con prejuicio político— fueron artífices de la modernización de las estructuras sociales latinoamericanas.

Esto no puede ser ignorado, ni lo es, por quienes han venido reclamando autonomía y libertad de trabajo, sobre todo cuando se refieren a la zona —ahora mitificada— de las ciencias Exactas y Naturales. Pero adoptando una impropia que definió Porfirio Díaz, reclamaban "pocas poetas y mucha administración", es decir, la consagración

de las energías y las capacidades al progreso de una sociedad vigente, lo que significa reclamar el sostenimiento de un status cuya viabilidad es más que problemática, arrión de la ligadura creada por el poder en la transformación económica sin una concomitante de tipo social y político. No es casualidad que las mayores furias se hayan arrojado sobre los modernos científicos: biólogos, antropólogos, psicólogos, ciencias sociales, ciencias de la cultura general inyectadas en las formas renovadas de los estudios de filosofía y letras y sus disciplinas afines. En el este y en las arremetidas conservadoras no han sido más beligerantes quedas también se deben al punto en que se encuentran esas disciplinas (el Grupo de Estudios de una América Latina de Ciencias Políticas y Sociales, el Uruguay princiamente ignoró lo que es la antropología, el Uruguay insistió en preparar ingenieros, contadores —que se economistas— químicos, como meros profesionales sin educación humanística, cosa que no se hace en ninguna universidad desarrollada, más el paradigma de la norteamericana).

Los ataques oficiales admiten diversos argumentos. El más ocurrido es el de la "indivisibilidad" necesaria el término de la acción de los partidos comunistas. Es de sobre conocida la revivificación del marxismo en la postrera mitad del mundo europeo y norteamericano y, en general las que se llaman ciencias de sociedades del mundo, las que protagonizaron su resaca y reedificación del marxismo a las diversas circunstancias presentes. Así, en Europa se registró algo asombroso, que podían entender por marxismo algunos países comunistas, es: los investigadores, entre los que puede citarse el caso más interesante de los científicos alemanes (Wetter, Calvez) procedían a asumir los desmontes de una filosofía y una economía que sin perarla entender más de un proceso de la filosofía en lo que se llamó el "desarrollo del marxismo por obra de Max Weber, llegó tardamente a América Latina, muchas veces en otros norteamericanos, o para hacer mayor el procedimiento. Que se haya producido una acción económica de Marx y Engels no explica todo el mundo presente me parece evidente, que sin ellos no se puede entender la realidad de su evolución y su producción.

Militar contra estos estudios es negarse a reconocer la realidad. Pero la acusación encubre un ataque más vasto, véase que acerca hombres de distinción que no nada tienen que ver con ellos, lo que pueden cifrarse en los diversos máximos del liberalismo de mediados de siglo o en el más de los planificadores. Se dirige contra las ciencias de la cultura, y en particular la media en que ellas se adaptan a las condiciones de la civilización contemporánea, a su instrumentación técnica y sus eventualidades. Este ataque se dirige que particularmente se ha crecido en diversos países de América Latina desde los años del auge y ampliación industrial de la segunda guerra mundial pero que no habrían sido la continuidad creativa que le correspondía, la llegada a una dramática descomposición.

Las transformaciones económicas a que se están abocando gobiernos como Grecia no se pueden limitar a la industrialización, mejoramiento de la producción agraria y aun eventual redistribución más democrática de los ingresos, sino que se requiere una reedificación social y política que sea, que ha sido estimada, por importantes sectores de la inteligencia universitaria, es la que no quiere ver, ni, desde luego, aceptar el estado de las cosas. Al árbol que se quiere mutilar una, dos, tres veces, pero mientras no se le corte de raíz no dejará de florecer y fructificar. Si históricamente parece varar a esta capacidad de resistencia, equipos políticos y de las oligarquías locales, no deja por eso de denotar la evolución de las sociedades latinoamericanas y norteamericanas a padecimientos mayores.

El estudio entre universidades nacionales y gobiernos, evidencia el rompimiento de la independencia nacional que, con diversos matices, se veía cumpliendo positivamente en América Latina. A pesar de rozamientos y enfrentamientos, los años como los del reformismo argentino, las universidades detaban a las sociedades de grupos intelectuales que, cooperándose en ella, contribuían a su permanente adecuación a las nuevas necesidades. Se lograba un punto de equilibrio de fuerzas que impulsaba el desarrollo y la independencia a la sociedad. Es el endurecimiento de las posiciones conservadoras y aun retrocedidas de las que ha roto el inestable equilibrio entre los gobiernos y universidades.

El rompimiento no hubiera sido posible sin un desarrollo marginal y oscuro que viene cumpliendo desde hace veinte años en toda América Latina y que ha alcanzado actual intensidad hasta fuerza como para permitir estos desmanes. Es una de la creación de las universidades privadas de las que ha alcanzado actual intensidad y verdades regionales no autónomas creadas por el gobierno. Estos organismos han contado con



CARLOS LLERENAS
CUANTAS VECES SEA NECESARIO

abundantes recursos, muchos procedentes de las fundaciones norteamericanas, y de los organismos internacionales, lo que les ha permitido, en algunos casos, un evidencial nivel técnico.

Por tratarse de universidades privadas, han absorbido una clientela procedente de la clase alta tradicional e de la nueva clase industrial, que da pruebas del dinamismo y la capacidad de que, en América Latina, son todavía escasos los miembros de dichos sectores sociales, aun de un fuerte núcleo de miembros de la baja burguesía media que, por el régimen de becas, ha pasado a integrar los cuadros de la dirigencia social, aumentando su ideología. Es curioso e importante anotar que en algunas de estas universidades, en particular las laicas creadas según el modelo norteamericano, y en aquellas otras que son meras filiales de las universidades norteamericanas, tal como existen desde hace años en México, Colombia, Perú, Brasil, se ha alcanzado una alta libertad de cátedra. Los temas que los gobiernos prohíben en las universidades estatales, se debaten libremente en éstas de signo norteamericano, aunque es de sospechar que al servicio de la conservación y los intereses de la nueva burguesía.

La existencia desarrollada de estas universidades ha servido para la acción regresiva del estado, que intenta que sus propias universidades se adapten al modelo de las privadas. Si no lo logra sabe que es posible demantillar los cuadros oficiales porque cuenta con suficientes equipos de respaldo en las privadas. Los que imponen su estilo de sujeción al status vigente. Esto, obviamente, es un golpe contra la democratización de la sociedad, en un doble sentido: en cuanto dificulta el acceso de los miembros de la clase baja a la conducción social, a través de los instrumentos educativos, en esos tarro integrados a típica de las colectividades del continente; en cuanto imposibilita que pongan su sello sobre la sociedad que eventualmente habrán de dirigir los dirigentes de su contexto social y al obligarlos a integrarse como elementos independientes en las estructuras sociales superiores, sumiendo su ideología e intereses.

PARA un argumento que sabe hasta qué punto —a pesar de las luminosas pretensiones— la universidad sirvió a la integración nacional de los diversos estratos sociales y a la democratización de sus formas de vida (a través de la gran ilusión de los inmigrantes de tener un hijo doctor) y son bien claras las consecuencias nefastas del actual endurecimiento. Podría pensarse que el ejemplo de la revolución cubana (que aprendió mejor que nadie las destrezas que los sufrieron en carne propia) ha dinamizado las tradicionales clases altas y que su colaboración —tantas veces atendida— con los conservadores extranjeros, les ha dotado de nuevas fuerzas para aferrarse a la dirección de sus países y comprender la necesidad de preparar colaboradores locales, miembros de sus filas o atraídos con los cuales sustentar su poderío. Este golpe a la democratización —y ni hablar de socialización— de los países latinoamericanos, tiende lamentablemente hacia un nacionalismo que es la hora mundial propia.

Cabría plantearse las posiciones que corresponden en esta circunstancia y las acciones destinadas a la mejor defensa y desarrollo de las universidades libres que aún quedan. No creo que survan de mucho los discursos, sino que las aclaraciones con las consabidas firmas y los discursos altisonantes, formas todas que enmascaran la restricción de las movilizaciones mayores y su irrealismo, y con las cuales no se ha hecho sino desprestigiar una gran causa: la de la modernización y democratización de nuestros países.

Las universidades no sustituirán ni cumplen con dos funciones indispensables: la modernización de sus viejas estructuras, elevando al mismo tiempo sus niveles de trabajo y eficiencia, y su proyección y cooperación con el medio social, con sus necesidades actuales, con los problemas reales propios del país o la región en que trabajan. Dada la situación actual, los intentos de modernización de por sí solos no harán más que agravar la distancia en las estructuras del país que están tendiendo a endurecerse y retraerse, creando el estado óptimo de rompimiento. Es éste el gran engaño de los pseudo desarrollistas, que creen posible el renaucamiento de la Universidad a toda otra tarea que no sea la de secretar el estudio y la preparación técnica. Ocurre que la Universidad es un órgano de la sociedad, que no es posible se segregue del medio y cuya sola existencia postula un determinado tipo de sociedad. Por lo mismo, ni puede enquistarse sino que tiene que servir, con rigor y honestidad, al desarrollo de la sociedad, sin puede existir válidamente si esa sociedad no está en proceso de transformación.

Los actuales conflictos ilustran una polarización de fuerzas que van en desmedro del progreso material. Es parte del proceso de demontación de la libre marca universitaria, que responde al retroceso que sufre la sociedad latinoamericana. Por lo tanto el problema es sólo parcialmente universitario; es sobre todo económico y social, y se remite al nacionalismo dirigista en que el continente ha errado. Si la Universidad tratara de ser algo más que un sistema de preparación de profesionales, si fuera capaz de transformarse en el gran centro de desarrollo de la ciencia moderna y de las humanidades modernas, si fuera capaz de una tarea de ilustración nacional seria, objetiva, documentada, habría contribuido poderosamente tanto a su supervivencia como instrumento del conocimiento como a su acción orientadora de una nueva sociedad.

